

DEL VALLE A LA PUNA



Pescadores del Titicaca, en sus típicas balsas de «totora».

POR

JACINTO TELLO JOHNSON

(DEL II CONCURSO DE REPORTAJES DE «M. H.»)

LA TIERRA.—Una visión general del paisaje peruano en sus tres regiones naturales, nos da la impresión de un magnífico muestrario geográfico donde se perfilan desde los terrenos más llanos hasta las montañas más agrestes; desde los climas más fríos y templados hasta los vientos más calientes y las lluvias tropicales; desde los valles serenos y suaves hasta las Punas y los Andes nevados donde se cultivan, desde el algodón y la caña de azúcar hasta la «quinua», el «olluco» y las más variadas frutas del trópico incandescente. Pero el contraste no es sólo de naturaleza. Hay antinomia humana. El costeño con su alma aguda y occidental; el serrano de mentalidad reacia e inmerso en su introservancia ancestral y el hombre de la selva, cuya vida se confunde con la madera, con la manigua y los ríos caudalosos.

Iniciamos el viaje. Hay una expectación en nuestro ánimo que nos impulsa en nuestra peregrinación. La salida del valle es suave y serena, diríase que es diáfana. Algodón, caña de azúcar, arroz, civilización occidental. La altura es imperceptible, el tiempo como la naturaleza. Tranquilidad acogedora y sosegante. Los pueblos que aparecen ante nuestra vista van sucediéndose y dejando en nosotros la impresión de algo que no es novedoso, porque nuevos no son los paisajes hechos por el artificio del hombre que ha sabido llevar hasta cierta distancia lo exótico y efímero. Inmensas madejas de caña brava cubren el horizonte más o menos elevado. Colinas verdosas y encrespadas desfilan incitándonos a escalarlas más y más. Alfárfares cubren los terrenos que vamos pisando y el «ichu» crece indistintamente en nuestro camino.

Sin embargo, conforme vamos ascendiendo, nuestra intranquilidad se acrecienta. Hay un fastidio en nuestro organismo producido por el «soroche». Es nuestra falta de costumbre a las alturas. Y ya estamos en un mundo nuevo. Es la sierra peruana. Espacio donde el hombre ancestral fué el comienzo de la historia y la síntesis de la peruanidad antigua. Indio y luego mestizo, tierra y raza eterna, son el dualismo de aquella amalgama transcendental y



Músicos populares del alto Perú, con sus «queenas» y «cantharas».



Bailarines indígenas en un paso de una danza ancestral peruana.

firme que es la peruanidad. Es la zona templada, de juvenil frescura, de clima sano. Esta tierra cubierta por un cielo límpido se va haciendo cada vez más verde. Brotan en interminables hileras de árboles, los eucaliptos, los alisos, los manzanos, y cuando dirigimos la mirada hacia arriba descubrimos cintas más verdes que ascienden en artificiosa gradería llenas de cultivo que nos da la impresión de una escalera hasta el cielo. La "papa", la "quinua", el maíz, el "olluco" son las plantas autóctonas.

Arriba, siempre más arriba. Nuestra mirada descubre ahora algo maravilloso. Ciudades fortalezas apuntando hacia el cielo como si la esperanza de la civilización se hubiese cifrado de piedra en piedra hasta el horizonte infinito. Pensamos que acaso el Imperio estuvo más cerca del cielo que de la tierra donde fué fundado. Es que "Machupicchu" fue la revelación de lo infinitamente grande y de lo eternamente inmutable. El dualismo espacio-tiempo, fué superado por el hombre "quechua". La vigencia del hombre andino no ha desaparecido. Casi parecemos escuchar una voz que nos dice que la inspiración del pasado es la que nutre nuestro horizonte vital. Un poco aturdidos seguimos escuchando la voz que ahora nos expresa que, desde allí, desde los Andes misteriosos donde el hombre cóndor hizo su nido recibimos la luz que ilumina la peruanidad, porque si el orbe histórico en que vivió ya no existe, aún nos sigue alumbrando como aquellos astros que no brillan ya en el orbe sideral a que pertenecieron, pero que siguen enviándonos mensajes de luz. Recibimos la luz desde las alturas de "Sacsahuamán", "Pisac", "Machupicchu". Allí están el "intihuantana", las graderías, las ventanas, los torreones de aquellas ciudades fortalezas. El hombre de bronce vive en ellas. Está en actitud de espera, invencible y sereno.

Y cuando la ascensión difícil nos ha llevado hasta la severidad de la puna fría, se hace patente una como orquestación sinfónica de los Andes. Oímos un leve rumor del viento. Silva a nuestro alrededor el aire frígido y nuestra sensación se torna extasiada. Sentimos la mirada gris y altiva de la roca y la mirada nivea y deslumbrante que brilla en los ojos plateados de los Andes, a la refulgencia magnífica del astro rey. Son los conos de nieves perpetuas. El mar de nieve en esas inaccesibles alturas es extenso. Allí lo blanco espeso de la nieve se confunde con la transparencia de las nubes y el azul profundo del cielo se descompone en láminas plateadas al llegar hasta la tierra, vaciándose en esta forma sobre el sudario niveo de los Andes, la belleza divina de los cielos.

Un esfuerzo por seguir en nuestra marcha. La altura nos produce vértigo. Sin embargo, la voz interior nos alienta. De pronto, nos encontramos con un pequeño mar, un mar que parece ser el centro del mundo. El sirvió de cuna a las grandes civilizaciones antiguas de América del Sur. Es el lago Titicaca. Sus aguas tranquilas y encantadas parecen ser el espejo del alma india y están ceñidas de "totoras", "quelhuas" e "ibis". Son cruzadas diariamente por pequeños barcos que marcan rutas hacia el Alto-Perú, y por balsas de "totora", que flotan familiarmente llevando al hombre cuando no a la pesca a las rocosas orillas en busca de paz y trabajo.

EL HOMBRE.—Y por cuatro caminos del cerro "Tamputocco" salieron los cuatro hermanos Ayar y poco a poco se fueron convirtiendo en piedra y la varilla de oro que les dió su padre el Sol a "Manco Capac" y "Mama Ocllo" se incrustó en el cerro "Huanacaure" de donde surgió el Imperio del Tahuantisuyo. Cuzco —ombligo del mundo— sería la cuna y el centro de irradiación de aquella cultura de titanes. Así refiere la leyenda. De los potentes Andes como de una inmensa matriz rocosa ha salido la vida del indio. Porque en la marcha de nuestra peregrinación, no hemos encontrado sólo naturaleza y paisaje. Allí también hemos visto vida humana. Hemos sido testigos de la vida, hija del "apu". De allí que el "latex" turbio y encrespado de los Andes, corre por dentro de sus venas con la sangre y la linfa vital.

El misterio andino es absorbente. La faz pétreo, el alma granítica y la piel de bronce de estos seres, se sincroniza diariamente con la puna hierática allende los conos de la cordillera de los Andes. Estos seres sueñan, aman y trabajan al compás de las estaciones. Su "élan" vital está marcado por las horas de la naturaleza. En su ser hay una auténtica fidelidad cósmica. Es su corazón la naturaleza donde se siente el latido vibrante y sonoro de la sangre atávica "quechua". Es la ley de los Andes.

Pero también encontramos otra ley. Es la ley de su sentir con la naturaleza. Siente con su verbo y con el verbo musical, por que él sabe comunicarse con el lenguaje dulce y suave del "quechua" con su vicuña, con su llama, con su alpaca y de aquél, también saben la papa, la "quinua", el "olluco". Y este verbo se convierte cotidianamente pleno de lirismo y atormentado sentir, en la "quena" dulce y fierna para prorrumpir en un sereno lamento y llamada como un lenguaje anterior a toda arquitectura exótica. Es al compás de ésta que el indio siente agitar su dócil corazón por la savia nutricia de la tierra.

Trabajo y tierra fragorosos, dramáticos y rudos. En los inmensos campos cultivables, hombres y mujeres van tejiendo su vida, van segando el pan nuestro de cada día. El rostro hermético y ceñido a la tierra, demuestran el cansancio y el endurecimiento que produce la faena. Empero, en la intimidad de aquellos seres, se destila como una pastoril, nostálgica e indecible ternura que alienta la vida, que impele el corazón.

En nuestra marcha sorprendemos aspectos muy interesantes. Momentos de descanso en que una ligera sonrisa, enigmática quizás, se dibuja en el rostro de estas almas para expresar una alegría natural o una euforia irónica. Instantes de meditación en la que nos parece descubrir una serena y solitaria contemplación de estos hombres hacia su pasado, como un soliloquio con sus hermanos. Hay un

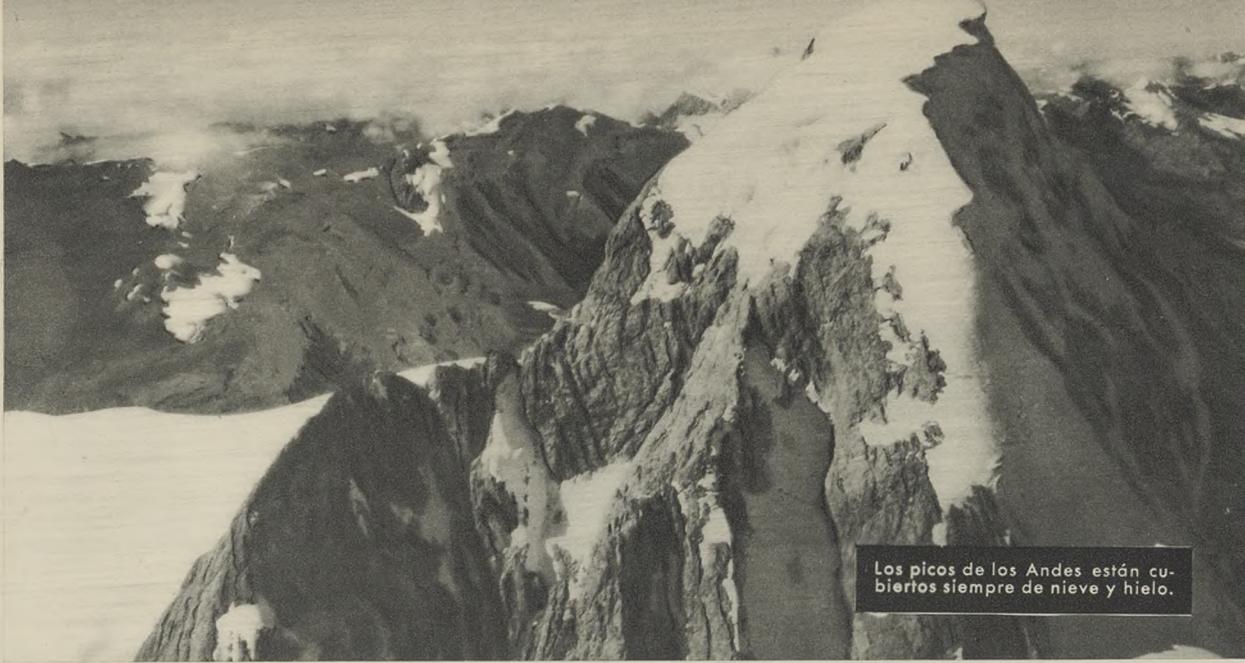


Ruinas de una ciudad incaica sobre una cima inexpugnable.

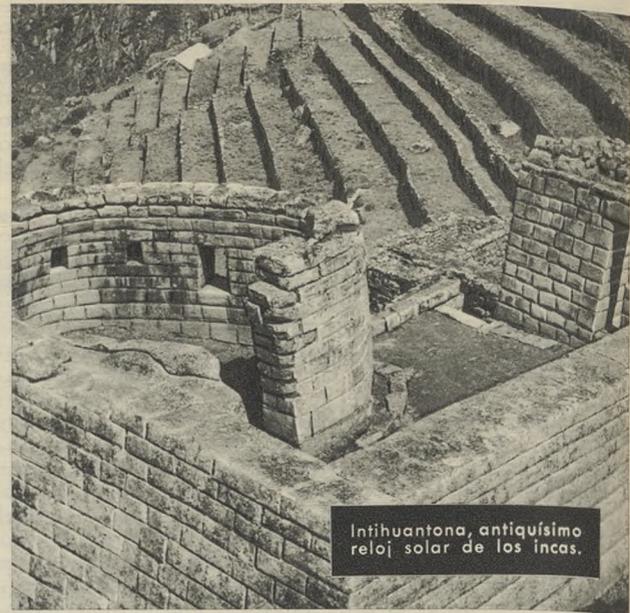


Los ricos atavíos se visten para participar en las danzas rituales.

Entre paso y paso del baile surge el cálido y amoroso requiebro.



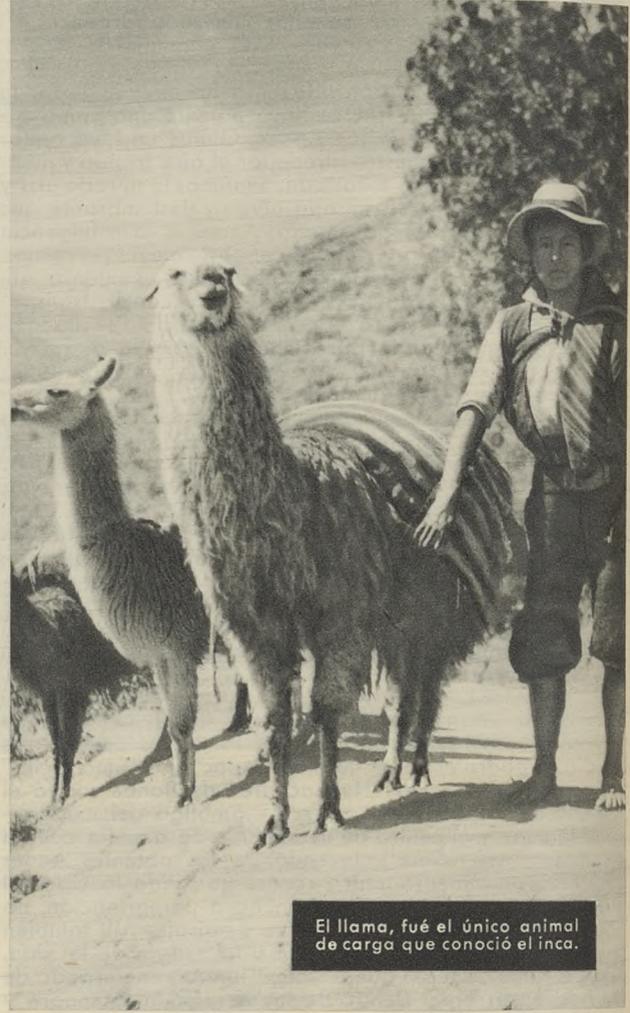
Los picos de los Andes están cubiertos siempre de nieve y hielo.



Intihuantona, antiquísimo reloj solar de los incas.



Puesta del sol sobre las tranquilas aguas del Titicaca.



El llama, fué el único animal de carga que conoció el inca.

estado de gozo, una risa interior y entonces, la subjetividad de su espíritu aflora a la periferia y se proyecta en la pupila que penetra en lo ya ido en el tiempo, pero presente en su psiquis. Ella es irredenta, la roca perenne, el tiempo inaudito.

Pero el indio no ha vivido solo. El ha sabido comprenderse con el blanco y han dado un nuevo y fundamental factor de la peruanidad: el mestizo. Por eso, el indio no es ateo. Tiene su religión y su concepción del mundo nacida de su mentalidad pre-lógica, lo ha llevado a sentir la realidad circunstante como una conjunción de seres que deben su razón de existir a una fuerza absoluta y a un ser Supremo.

Al terminar este recorrido por el paisaje de la serranía peruana, sumidos en profunda meditación, pensamos que allí hay una vida que no es breve. Vida de la naturaleza y del hombre, que contienen un alma que es tierna y severa. Hay una ternura en las mañanas rubias y en los atardeceres crepusculares como el romance de los Andes y hay una ternura amorosa como la que se siente al oír el diálogo entre el hombre y sus campos sembrados. La ternura va "increscendo" cuando se oye el rumor apacible de los ríos que nacen humildes entre los picachos fríos y mueren rechazando al mar. Pero la ternura es nostálgica, pastoral, cuando oímos los sonidos musicales que produce la incesante lluvia al gotear sobre las tejas doradas de las casas y la ternura es indescriptible cuando en el atardecer dormido por el cansancio se oye el mugido de protesta del ganado que paca en las lomas, mugidos que se confunden con las notas llenas de dulzura penetrante de la "quena" que irrumpe el espacio y se deposita en los lagos pequeños y grandes.

También sentimos gravedad en la tempestad de los Andes, en las abismáticas quebradas, en los hoscos breña-

les y en las escarpadas laderas; en los rugidos del trueno, del relámpago y del rayo. Entonces la severidad de las esfinges que forman los Andes, parecen ser genios que definen nuestra peregrinación.

Esta ternura y severidad del paisaje se refleja en el alma del indio por que ella es altiva y violenta como la la tempestad de los Andes y es tierna como la apacibilidad de sus lagos, como la dulzura de la "quena".

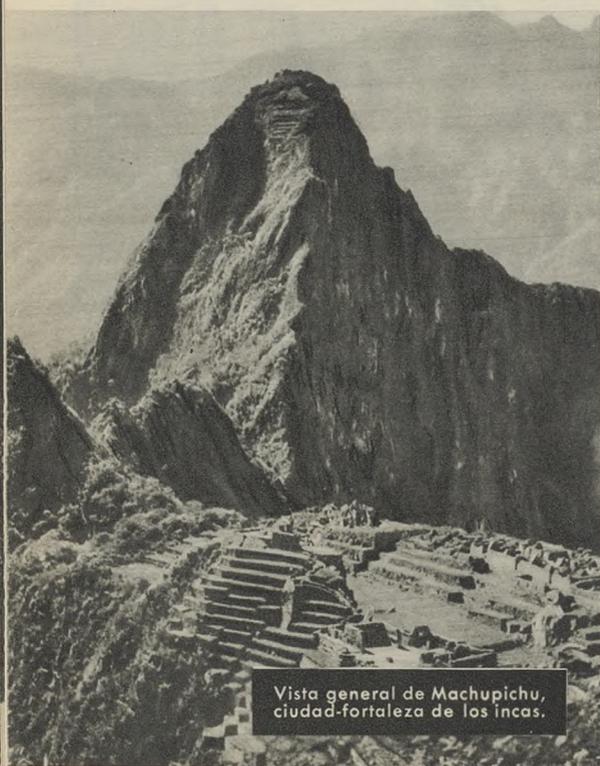
Tal la naturaleza y el paisaje de la Sierra de nuestro Perú y del Perú del mundo. Y tal el hombre y el indio. Naturaleza fragorosa, dramática; hombre rey de los Andes con cetro y corona de arcilla.

Y al dirigir la última mirada a la realidad maravillosa que nos rodea nos sale desde nuestros adentros la voz que exclama:

¡Hombre que estáis de bruces en el surco, lava tus manos de arcilla y levanta tu mirada a cielo, eres factor silente de la peruanidad y promesa esplendente de una realidad nacional!

EXPLICACION DE ALGUNAS VOCES

ALPACA Y VICUÑA: Auquénido de lana y carne y fina.—APU: Nombre quechua que significa: Montaña.—ICHU: Hierba de la sierra de color amarillento. INTIHUANTANA: Reloj solar de los incas según unos o piedra de sacrificio según otros.—MACHUPICCHU: Ciudad fortificada de los Incas, situada en el Cuzco.—OLLUCO: Tubérculo pequeño y alargado.—PAPA: Nombre con que se conoce la patata.—PISAC: Ruinas del Imperio en el pueblo del mismo nombre, cerca del Cuzco.—QUECHUA: Palabra castellanizada que proviene de la voz «Keswa» o raza de los habitantes que tuvieron como centro de expansión el Cuzco. Fundada por Manco Capac.—QUELHUA e IBIS: Plantas acuáticas.—QUENA: Flauta de caña hueca, instrumento musical de los indios.—QUINUA: Cereal de grano muy pequeño, alimento de los habitantes de la Sierra Peruana.—SACSAHUAMAN: Fortaleza construída con piedras ciclópeas para defender la ciudad del Cuzco, en el Imperio del Tahuantinsuyo.—SOROCHES: Nombre corriente con que se conoce la enfermedad de la altura, por efecto de la falta de oxígeno para la respiración.—TOTORA: Anea. Planta acuática.



Vista general de Machupichu, ciudad-fortaleza de los incas.